

NOTA DE LOS EDITORES

El objetivo de la presente investigación fue tener un acercamiento, una vista «de primera mano» del comportamiento de los jóvenes en lo que se ha dado en llamar «el mundo de la web 2.0». El propósito fue observar las actitudes de los adolescentes a la hora de enfrentarse al universo virtual.

El uso cada vez más extendido de las computadoras personales ha convertido en una realidad cotidiana la tan mentada «aldea global» de la que hablaba McLuhan hace ya muchas décadas. Hoy en día, personas que viven en las antípodas pueden comunicarse de manera inmediata, ya sea a través de los programas de mensajería instantánea o por medio de la infinidad de lugares («páginas») que desarrollan inmensas redes sociales. Si a esto le sumamos la experiencia «1:1» (también conocida como «una computadora portátil por alumno» o *one to one* por su nombre en inglés), que ya tiene más de dos décadas en los países desarrollados y que cada vez es más común en todo el mundo, podremos darnos cuenta de la relevancia que el uso de estas máquinas tiene.

Así como para nosotros lo fueron el teléfono o la televisión, para la generación actual las computadoras son parte de sus vidas. No son, como algunos suponen, aparatos que pueden o no ser utilizados, al contrario, son indispensables para los adolescentes que han esta-

do en contacto con ellos desde su nacimiento. Porque los juegos en el parque fueron reemplazados por las competencias electrónicas y los grupos de chicos que se reunían a tomar una bebida en la bodega de la esquina se juntan ahora en el espacio virtual de los chats. Las computadoras portátiles, conectadas por la tecnología inalámbrica, van con los jóvenes a todas partes, a la ahora silenciosa mesa del restaurante, al paseo sordomudo del fin de semana y hasta a la privacidad cada vez más invadida de los baños.

¿De qué manera las computadoras han afectado —positiva o negativamente— la capacidad de los adolescentes para comunicarse? ¿De qué forma el llamado «mundo virtual» determina el tipo de comunicación en el «mundo real»? ¿Lo que sucede en la máquina «se queda en la máquina» o trasciende a la vida cotidiana? ¿Cómo ha evolucionado el concepto de «amistad»? ¿Un «amigo» en redes sociales lo es necesariamente en la realidad? ¿Existe una ambivalencia en el comportamiento «para Internet» y el comportamiento «para la vida de verdad»? ¿Las mismas ideas, historias y propuestas que un joven hace públicas en la red pudiera exponerlas, con la misma libertad o desfachatez o descaro, en un auditorio, frente a un público que puede, si quiere, interrumpirlo, criticarlo, apoyarlo o agredirlo con real inmediatez y sin la intermediación de la pantalla?

Todo esto nos llevó a contactarnos con un escritor especializado en textos para adolescentes al que le ofrecimos la oportunidad de convertirse en un investigador de las redes sociales virtuales o, para determinar con más claridad su trabajo, en un observador y compi-

lador de los comportamientos juveniles en la red. Nos decidimos por un narrador ligado a la juventud a través de sus textos, por cuanto podría, con menor dificultad, copiar el lenguaje de los adolescentes y entendería con mayor facilidad —mejor que un adulto absorbido por el mundo de los mayores— las actitudes de quienes interactuaran con él. Convencerlo no fue sencillo, al principio objetó, no sin razón, que el trabajo corría el peligro de convertirse en un sencillo acto de voyerismo. Nuestro argumento central a favor del proyecto fue que era necesario, precisamente, conocer qué sucedía en esos espacios donde los jóvenes se hallaban actualmente atrincherados (probablemente debido a nuestra propia responsabilidad), generando preocupación e incertidumbre en padres y maestros, quienes se sienten imposibilitados de acceder a esas zonas vedadas en las que temen que los muchachos y muchachas se estén exponiendo, sin saberlo, a una serie de peligros.

«Desmitificar la red» fue una idea que empezó a tomar cuerpo en las reuniones que con el escritor sostuvimos y, poco a poco, llegamos al acuerdo de realizar la investigación poniendo especial cuidado en proteger a los que involuntariamente, al menos al principio, participaran de la muestra. Una vez escogido el método de trabajo, el escritor (convertido ahora en «el investigador») y un comité especial de esta casa editorial establecieron reuniones periódicas a fin de hacer realidad el proyecto y discutir y comentar los avances, primero de las estrategias de acercamiento y, luego, de la selección de los textos.

Una de las cuestiones que más le interesó al investigador fue el hecho expresado por muchos padres de

familia de la «pérdida» de sus hijos «por culpa de las computadoras». A una de las tantas sesiones de trabajo trajo un artículo, publicado unas semanas antes por un reputado educador universitario, en el cual el profesor y autor del texto se mostraba opuesto al desarrollo del programa «1:1» y argumentaba que la máquina que utilizaba su hija adolescente había «invadido la casa» y que, con la excusa de las tareas escolares, la joven permanecía «muchas horas encerrada en su habitación» sin comunicarse con sus padres o con sus hermanos. En contraparte, uno de los comentarios dejados en la página web del diario en el que se publicó el artículo, criticaba la falta de autoridad paterna y pedía que no se le cargara a la tecnología la incapacidad de los padres para limitar las actividades de sus hijos. Otro comentario, realizado por una mamá, medió, argumentando que era verdad que ahora sus hijos estaban más tiempo frente a la máquina pero que, paradójicamente, su comunicación con ellos había aumentado «gracias al chat».

Ante este panorama, el investigador se preguntó si los problemas de comunicación familiar habían nacido (o incrementado) a raíz del uso extendido de la tecnología o si, por el contrario, las computadoras solo venían a reemplazar otros medios que los jóvenes han utilizado desde siempre para evadirse de una realidad familiar que no les es cómoda («me juzgan»), agradable («me molestan») o atractiva («me aburren»). Es decir, ¿el uso de las computadoras ha roto la comunicación entre padres e hijos, o los jóvenes han suplido sus carencias comunicativas a través de la red?

Esperamos que la presente investigación sirva de referencia para futuros análisis y sea, sobre todo, un

testimonio de primera mano sobre los alcances, límites, virtudes, defectos, seguridad y riesgos del uso de las computadoras.

A continuación, el informe final del investigador y el material recabado por él, que ponemos a disposición de padres, maestros y de los mismos alumnos para que, esa es nuestra esperanza, pueda originarse un debate franco y libre que aporte nuevos elementos en el juicio que las sociedades del presente y del futuro harán de la influencia de las computadoras en la comunicación (o incomunicación) entre los seres humanos.

LOS EDITORES

EL INFORME¹

Intrigados por los comportamientos asociados al uso cotidiano e intensivo de las computadoras, los editores de este libro consideraron que sería de interés público una investigación en la fuente misma del sistema. Para llevar adelante el propósito, lo esencial era ingresar de manera subrepticia al universo virtual. Esa convicción se vio alimentada por dos necesidades, la primera, obtener material de primera mano sin que los escritores supieran que eran observados y, la segunda, comprobar si es que realmente era sencillo colarse en un grupo de jóvenes y «robarles» información.

Una vez aceptados los términos y alcances de la investigación y el método de trabajo que se utilizaría, empecé por crear una identidad falsa y anduve «navegando» (*serfeando*, como dirían los jóvenes) a través de la red de redes. Esa primera etapa me tomó varias semanas. Auscultando aquí, inmiscuyéndome allá, introduciendo mi nombre (mi falso nombre) en cuanto grupo hallé, inscribiéndome en cuanta página me ofreció ser miembro, aceptando —como un autómata— todos los requerimientos de las mil «condiciones de uso» que

¹ Nota aclaratoria: Esta es la copia del informe presentado por «el investigador» a esta casa editorial. Se presenta casi en su totalidad, aunque algunos datos han sido suprimidos para garantizar la protección de la privacidad de las personas cuyos textos fueron escogidos para formar parte de este libro.

jamás leí, deambulando de un colectivo a otro, de un segmento de personas reunidas bajo cualquier excusa a otro convocado por gente dispuesta a salvar a la humanidad o al niño perdido (que nunca se perdió porque fue un «hoax» o falso correo que alguien inventó hace tanto que ya nadie recuerda), fui familiarizándome con los vericuetos y los mil diversos usos de Internet.

Poco a poco fui centrando mi búsqueda y me di cuenta de que, lo que yo perseguía, esa información de primera mano, podía hallarla de manera sistemática y ordenada en las redes sociales («hi5», «myspace», «Facebook», por citar algunas). Me concentré en el trabajo de hacerme miembro de algún grupo de jóvenes sin ser identificado como un extraño; intenté contactarme con algunos usuarios solicitando ser aceptado como «amigo» y sin dar mayores detalles. No fue tan sencillo como pensaba; dependiendo de la edad, el nivel de cercanía se hacía cada vez más exigente (la pregunta que casi siempre me formulaban era «¿de dónde nos conocemos?»). De esta manera constaté que los «adultos jóvenes» (entre los 25 y los 45 años) procedían con más cuidado a la hora de admitir a alguien en su red, mientras que los adolescentes eran más laxos en sus exigencias y un «nos conocemos del barrio» o un «soy del colegio, ¿no te acuerdas?», muchas veces bastaban para ser admitido.

Si ingresar a los grupos exigió alguna insistencia, una vez en ellos lo que se presentó más complicado fue la forma en la que se planteaba el desarrollo de cada red social. Todo dependía del número de «amigos» que cada persona tenía, entre los más sociables (que pueden llegar a sumar miles de contactos) pude pasar desper-

cibido, sin embargo, entre aquellos que no tenían demasiados «amigos» (hallé usuarios con una docena de relaciones o menos) el problema se hizo mayor, porque a ellos les fue sencillo empezar a rastrear la cuenta y dudar de su veracidad al comprobar que no tenía mayor movimiento. Una vez descubierta la falsa identidad de alguien en Internet es muy fácil denunciarlo. El sistema exponencial de las redes sociales hace que aún los que tienen muy pocas relaciones sean capaces de propagar una información; claro, siempre que alguien en «su red» (alguno de sus contactos) considere que ese dato es importante. Todo eso hizo mucho más exigente el enmascaramiento de la personalidad fraguada puesto que hubo que empezar a «crear» una «vida real», colocando algunos comentarios, poniendo fotos en línea, «mostrándose» de manera tal que no inspirara desconfianza.

Sostener una personalidad falsa en esas redes hubiera demandado un enorme esfuerzo creativo que corría el riesgo de desvirtuar la presencia «aséptica» que nos habíamos propuesto. Si lo que se pretendía era garantizar un acceso válido a la información que diera luces sobre el comportamiento de los jóvenes actuales, dedicar los esfuerzos a crear una personalidad que interactuara con ellos implicaba «contaminar» el diálogo con mis propias influencias y experiencias.

Por esa razón busqué otros medios que se adecuaban mejor a las necesidades de mi investigación y, recomendado por una joven a la que contacté a través de su blog, empecé a navegar a través del buscador de «Twitter», una página que ha aparecido hace unos pocos años (2006) y que permite una comunicación pública e inmediata.

Fue interesante observar cómo, con solo poner palabras como *solo*, *pena* o *llanto*, accedí a infinidad de «entradas» en las que pude leer los mensajes de miles de jóvenes de todas las edades y de las más diversas procedencias.

Aunque, según un informe divulgado recientemente, el idioma español solo representa el 4% de las intervenciones de las decenas de millones de usuarios de «Twitter» alrededor del mundo, un universo de dos o tres millones de «tuiteros» (o dos millones de los más de cincuenta millones de «tuits» al día) resulta, por obvias razones, inmanejable. Colocado ante esa situación, decidí llevar a la mínima expresión la muestra y me lancé a la búsqueda de un grupo de personas que fuera, al mismo tiempo, reducido, activo y formado por jóvenes escolares.

Como en varias informaciones publicadas en Internet se explica que de los millones de usuarios de «Twitter» solo una pequeña porción (entre el 10 y el 12%) está conformada por adolescentes entre los doce y diecisiete años, la primera reducción fue sencilla. De todos los «tuiteros» había que eliminar a los que no escribían en español (dado que el análisis estaba centrado en las actitudes, ventajas y riesgos de estas redes sociales en el mundo hispanoparlante) y, del resto, a los mayores de veinte años.

Como este trabajo no pretende tener la rigidez de una tesis científica, puesto que su objetivo es mostrar «una fotografía», es decir, un momento de lo que sucede en el mundo de la red con los jóvenes, la arbitraria reducción de la muestra no afectó la esencia de nuestra investigación.

Ciertas limitaciones (por ejemplo, que no todos los usuarios declaren su edad o que no muestren su verdadera personalidad) fueron superadas a través del cruce de información. Así, no solo se trató de «seguir» a un grupo de personas sino que, además, se les investigó (hasta donde lo permitieron los mismos usuarios) a través de los diferentes sitios en los que estos participaban. Se decidió darle seguimiento a aquellos que declararan la misma identidad en, al menos, tres páginas diferentes (como, por ejemplo, alguien que tuviera una cuenta en «Twitter», en «Facebook» y en un blog, bajo el mismo nombre y que incluyera en ellas un porcentaje de los mismos contactos) y mostraran cierta consistencia y frecuencia en sus intervenciones.

Luego de varias semanas de paciente búsqueda, me topé con una entrada que me llamó mucho la atención, el «tuit» o mensaje había sido enviado (y después reenviado o «retuiteado», por lo que llegó hasta mi pantalla) por un usuario que, por su nombre, era presumiblemente mujer. Sencillamente preguntaba: «¿Hay alguien allí?». Eso me llevó a su cuenta y, poco a poco, pude ir inmiscuyéndome en su universo. Como lo sospechaba, se trataba de una mujer y de una adolescente, una escolar que con esa sola frase explicaba la soledad en la que se encontraba (aunque tuviera varias decenas de seguidores).

Lo demás fue cuestión de seguir el hilo que se me había ofrecido, fue un trabajo largo en el que se necesitaron muchas horas para empezar a entender los grados de interrelación entre los participantes («seguidores») y detectar que existían otras cuatro muchachas (de edades parecidas, pero en situaciones distintas)

que, aunque no se conocían y jamás se habían reunido, formaban, sin pretenderlo y casi sin percatarse, una comunidad que se acompañaba, se aconsejaba, se consolaba y, no pocas veces, se peleaba y discutía por temas que apasionaban a sus integrantes y que las colocaban en diferentes extremos.

Tras verificar que esas personas existían y que sus cuentas eran reales, el seguimiento se hizo más sencillo. Una búsqueda en la red (muchas veces la información era ofrecida por ellas mismas en el transcurso de sus conversaciones porque, y esta es una de las características más notables de esta forma de comunicación, llega un momento en el que los jóvenes «se olvidan» de que lo que escriben en la pantalla puede ser visto y leído —y de hecho lo es— por decenas o miles de personas) me llevó a sus otras cuentas y a sus blogs; así pude empezar a reconstruir sus personalidades y a entender quiénes eran y por qué decían esto o aquello o actuaban de una manera o de otra.

La primera decisión que fue indispensable tomar fue la de continuar o no el camino que esta búsqueda había abierto. Una de las discusiones más intensas que se tuvieron en las reuniones con el comité editorial nació de un problema de género, ya que el grupo al que había accedido estaba conformado solo por chicas, «el hecho de que todas sean mujeres nos limita. Habría que introducir personajes masculinos, además del investigador», argumentó no sin razón una de las editoras. Yo defendí mi posición puesto que, de hecho, sí los había. Además, sostuve que fue posible llegar a la intimidad de ese núcleo cerrado justamente porque era solo de chicas y, en él, los hombres tienen un acceso limitado,

casi siempre como espectadores parciales y muy pocas veces como participantes. Porque ellos aparecen tangencialmente, son parte del grupo, pero no son el grupo; esto debido a que, en la adolescencia, las chicas y los chicos aparentemente andan juntos pero, si se observa detenidamente, en las reuniones y en las fiestas, las mujeres siempre están con las mujeres y los hombres con los hombres. Es una segregación natural que ningún joven cuestiona. La discusión fue compleja y se dieron razones en uno y otro sentido. Hubo quienes estaban a favor de abortar la investigación y «empezar de nuevo» buscando un grupo mixto y hubo quienes apoyaron mi posición. Existía el temor de que el trabajo termina reflejando «solo del espectro femenino de la población adolescente», lo que podría desanimar a los lectores masculinos (ya fueran padres y maestros o los propios estudiantes). Sin embargo, cuando expliqué que, según mi experiencia, un texto en el que predominaban los participantes de un género les resulta atractivo a mujeres y a hombres ya fuera por identificación o por curiosidad, llegamos a un consenso. Se mantendría la investigación centrada en el grupo de chicas al que había accedido, pero se cuidaría de incluir la voz de los chicos cuando su participación fuera relevante o reveladora de la interacción entre ambos sexos.

Superado ese debate, procedí a reunir la información. Luego de haber acumulado datos suficientes, y después de ordenarlos y clasificarlos, llegamos a un punto de quiebre en la investigación. El material no podía ver la luz pública si no contaba con la autorización de quienes lo habían producido. Aunque la decisión de mantener sus identidades ocultas ya había

sido tomada, creí que era beneficioso, para ellas y para los lectores, que pudieran aclararse algunos datos y por eso se incluyen fragmentos de las varias entrevistas que tuvimos. Las entrevistas fueron personales e individuales, hubo una primera intención de realizarlas a través de Internet, ya fuera en sesiones de chat o utilizando programas como Skype, Gtalk o MSN que también aceptan el uso de video, sin embargo, consideramos que una aproximación «real» podía permitirnos comprobar si había correspondencia (o no, como en uno de los casos es más que evidente y el lector lo deducirá sin mucha dificultad al adentrarse en los textos) entre el personaje guarecido por la pantalla y la persona sometida a las preguntas de un entrevistador de carne y hueso al cual era imposible borrar apretando un botón.

Mis primeros contactos con ellas fueron por correo; les expliqué mi proyecto e inicié un diálogo que en varias ocasiones (y por razones que ahora son intrascendentes) estuvo en peligro de naufragar. Felizmente, la buena voluntad de las chicas permitió que las cosas avanzaran, que aceptaran reunirse conmigo para hacer las entrevistas, que permitieran que publicara sus textos y que, finalmente, nos juntáramos todos en una especie de ágape (o tal vez «aquelarre», como comentó alguna) en la casa de una de ellas, donde nos tomamos esa foto que, por obvias razones, no publico pero que guardo con especial afecto entre mis más queridas pertenencias.

Ahora bien, publicar en un libro una serie interminable de entradas de «Twitter» hubiera sido incomprensible y muy difícil de seguir, y crear confusión no es

el propósito de este texto. Se sabe, por investigaciones que se han hecho, que más del 60% de los «tuits» son intrascendentes o propaganda o «retuits» (publicación de una publicación ajena en tu propio espacio, algo que genera un efecto exponencial de difusión) cuya repetición no aportaba nada al trabajo. Por ende, y pensando en el libro como un conjunto, y para establecer qué se publicaba y qué no, se tomaron las siguientes decisiones:

1. El texto se unificó en una sola línea temporal (*timeline*) o pantalla, es decir, se presentan los mensajes como aparecieron en mi cuenta, donde yo aparezco como el silencioso «testigo» de las «conversaciones» que las cinco adolescentes mantuvieron a través de un determinado espacio de tiempo.
2. De esas mismas conversaciones han sido eliminados los otros eventuales (y muchas veces intrascendentes) participantes, también han sido eliminadas las propagandas y cualquier otro material que no fuera de interés para esta publicación. Sin embargo, cuando es pertinente, se incluyen otros comentarios o reenvíos de algunos pocos participantes ajenos al grupo.
3. Las entradas aparecen «al revés». Como cualquier internauta sabe, en una cuenta de blog o en la página de «Twitter» (que no es otra cosa que un «microblog») se sigue la lógica de «lo más nuevo reemplaza a lo más viejo», es decir, las entradas recientes aparecen antes que las antiguas, lo que en un libro dificultaría la lectura. Por ende, se decidió invertir el orden de los textos, colocando primero los más antiguos, para que los lectores pudieran entender

- la lógica de las conversaciones y seguirlas sin complicaciones.
4. Las identidades han sido cambiadas para proteger a las verdaderas protagonistas de esta historia, aunque se ha tratado de mantener en los «nicks» algo de la personalidad de cada una de ellas. La decisión final de cada nombre fue acordada con las autoras y ellas se sintieron identificadas con los apelativos elegidos que, en muchos casos, guardaban una cercana armonía con los apelativos originales.
 5. Una de las decisiones que más polémica causó fue la de presentar los diálogos y los textos de los blogs editados. No se trata de una censura, sino de la decisión de ofrecer una versión «universal». Algunos jóvenes pueden sentir que ha sido «traicionado» el espíritu de los textos al decidirse transcribirlos respetando las formas gramaticales. Sin embargo, y en esto estuvieron de acuerdo las autoras, se intentó universalizar el lenguaje para que las ideas estuvieran al alcance de todos los lectores. Debe dejarse claro que no se trata de un análisis del «cómo lo dicen» sino del «qué dicen».
 6. Debido a la mencionada universalización de los códigos comunicativos, tanto en la transcripción de las pantallas de Twitter como en la de los blogs, se decidió descartar el llamado «lenguaje XAT», que se caracteriza por disminuir arbitrariamente las letras de una palabra. Esto originó que no pocas entradas en este libro excedan los ciento cuarenta caracteres que permite el sistema.
 7. Se omitieron los llamados «emoticones», signos destinados a mostrar o demostrar emociones. Dos razones primaron: una fue el alto poder de distracción que tienen, que pone en peligro el texto mismo, y, la otra, la necesidad de verificar si las palabras podían sostenerse solas, es decir, si para que la comunicación funcionara era necesario agregar imágenes o si el texto se bastaba a sí mismo (algo en lo que creo firmemente). También han sido dejados de lado todos los enlaces o publicaciones de imágenes puesto que en ellas se exponía la identidad de las participantes.
 8. Lo que se decidió incluir, puesto que forma parte de la esencia del «lenguaje» o del «código» en Twitter, es el uso de del símbolo número (#) seguido por una palabra (por ejemplo, «#sabe») o una frase («#esimportantesaberlo») que indica que se trata de un tema que es abordado por muchos participantes. Otro símbolo que se optó por dejar en el texto es el del reenvío o «retuiteado» (↪ o RT).
 9. En las transcripciones de los blogs, tanto por la intención de evitar repeticiones como por las limitaciones evidentes de espacio, se ha efectuado una «antología», prefiriendo solo aquellas entradas que dieran una idea clara de las características del personaje y evitando aquellas intrascendentes para los fines de este libro.
 10. Las entrevistas también han sido editadas de manera tal que aparezcan como una sola charla, aunque es preciso aclarar que en todos los casos se trata de varias conversaciones resumidas. En el trabajo de edición se ha tratado de ser lo más fiel posible al contexto, y el resultado final ha contado con la aprobación de las jóvenes.

11. En todos los casos, ya fueran las entradas de Twitter o las publicaciones en los respectivos blogs, se han omitido ex profeso las fechas en las que aparecieron en la red o los sistemas que fueron utilizados para ello. En todo caso, es preciso indicar que existe un lapso aproximado de doce meses entre la primera publicación y la última.
12. Se ha decidido estructurar el libro en quince capítulos intercalando las tres fuentes de información. Cinco entradas de las cuentas de Twitter, cinco antologías de los blogs y cinco entrevistas. Como resulta evidente, en el caso de las entradas en el microblog se trata de la visión de todas las participantes, en los casos de los blogs y, en las entrevistas, se trata de un personaje a la vez. La distribución y el orden de los textos ha tenido en cuenta la claridad y organización necesarias para comprender las historias de los cinco jóvenes.

Considero que todo esto lo debe saber el lector antes de enfrentar el texto. Todo lo demás se desprende de la misma lógica del libro, y el agregar más información solo interrumpiría su lectura.

Como toda investigación, la que se presenta en las próximas páginas es limitada y adolece de vacíos que es inútil enumerar, porque el lector podrá identificarlos mientras vaya adentrándose en su contenido. No es novedad que todo resumen o antología esconde una arbitrariedad en su origen, se publica lo que se cree que es imprescindible pero ese solo juicio ya es subjetivo porque atañe al saber o entender de quien realiza el trabajo. Asumo, pues, esa responsabilidad.

Este libro no busca ser un fin sino sencillamente un comienzo, una oportunidad para apreciar, de primera mano, las experiencias de cinco adolescentes interactuando en la red de redes.

En algún lugar de Internet, julio de 2010.

1NV357I64D0R@gmail.com

UNO

¿HAY ALGUIEN ALLÍ?

shela96 ¿Hay alguien allí?

shela96 ¿Nadie?

shela96 Nunca hay nadie. #trespalabras

shela96 Nadie me quiere. #trespalabras

shela96 ¿En dónde están? #trespalabras

shela96 ¡Quiero que vengan! #trespalabras

shela96 Nadie me escucha... #trespalabras

pamelasam96 @shela96 No seas llorona.
#trespalabras

shela96 ¡Hola! @pamelasam96, ¿cómo estás? ¿Qué haces despierta tan tarde?

pamelasam96 Te estoy leyendo. #trespalabras

shela96 ¡Qué linda! Por eso te quiero...

pamelasam96 Ya, no empieces con eso, me llegan tus sonseras.

shela96 Ya, Pam, tampoco empieces tú con el papel de la chica mala que no te queda, ¿ya?

shela96 ¿Sigues allí?

shela96 ¡Aloooo!

shela96 No te vayas... #trespalabras

pamelasam96 No me fui... #trespalabras

shela96 Gracias, gracias, gracias. #trespalabras

pamelasam96 Ya me aburrí. #trespalabras

shela96 ¿Qué haría sin ti **@pamelasam96**?

pamelasam96 ¿Dormir?

shela96 ¿Y dónde estarán **@quiariti**, **@lililiana95** y **@laflacaflaca**?

pamelasam96 Durmiendo, como la gente normal, si no te diste cuenta, es domingo. ¡Mañana hay clases!

comoseaquesea ¡Ya! Todos a la cama (cada cual a la suya, por si acaso). #sabe

shela96 ¡Hola **@comoseaquesea**! ¿Cómo estás? ¿Despierto tan tarde? ¿O despierta? ¿Será hombre o mujer?

pamelasam96 No te gastes que **@comoseaquesea** no le responde a casi nadie, habla solo el muy tarado y por las idioteces que dice debe ser hombre...

shela96 ¿Por qué hablas así? A veces dice cosas entretenidas. Pero, verdad, nunca me responde, ¿tendrá algo contra mí?

pamelasam96 No empieces... Solo no responde. Es un autista, un taradito que escribe y escribe; pero no le responde a nadie. ¡Tiene más de treinta mil entradas!

shela96 Asu... ¿Eso es posible? ¿Se puede escribir tanto?

pamelasam96 Supongo, si no haces nada más por la vida.

shela96 Bueno, Pam, algo hará, todos hacemos algo.

shela96 ¿O no? ¡A ver! **@comoseaquesea** ¿qué haces además de estar en la computadora?

pamelasam96 No va a responderte.

shela96 Vas ver que sí.

pamelasam96 Vas a ver que no.

shela96 Estoy muy cansada... #trespalabras

pamelasam96 Vete a dormir... #trespalabras

shela96 ¡Te estás burlando!

pamelasam96 RT fueron #trespalabras @shela96 ¡Te estás burlando!

shela96 ¡Habló! RT @comoseaquesea ¿No tienen nada mejor que hacer?

 **comoseaquesea** ¡Como si alguien las escuchara de verdad! Gente sin vida que vive pegada a esta máquina, ¡infelices!

 **comoseaquesea** ¡Que todas se vayan al dormir! A ver si dormidas son menos infelices que despiertas.

shela96 ¡Nos lee! RT @comoseaquesea ¡Como si alguien las escuchara de verdad!

pamelasam96 ¿No te das cuenta que escribe para sí mismo?

shela96 ¡Pero nos sigue!

pamelasam96 Sigue a todos los que lo siguen y tiene más de cinco mil seguidores.

shela96 ¿Acaso tener muchos seguidores es malo?

pamelasam96 Ni bueno ni malo. Si te siguen muchos, muchos te leen. Si sigues a muchos, no lees a nadie.

shela96 ¿O sea?

pamelasam96 O sea que a este idiota lo leen muchos y él no lee a nadie.

shela96 ¡Pero nos está leyendo!

pamelasam96 Claro, porque a esta hora de la madrugada solo están despiertos los chinos...

shela96 ¿Y...?

pamelasam96 Mamacita, quiero decir que no hay nadie más a quien leer, por eso es que nos lee...

shela96 ¡Ahhh...!

 **comoseaquesea** ¿Qué es peor, una burra o una filósofa de Internet?

 **comoseaquesea** ¡Una filósofa de Internet! Porque la burra no entiende ni piensa, pero la otra sí.

 **comoseaquesea** Hay harta gente que cree que esto es una forma de tener vida, ¡qué taradas! ¡A dormir, burras!
